

Eduardo Bello Reguera *in memoriam*

GABRIEL BELLO REGUERA*

Agradecimientos

En primer lugar quiero transmitir a la Organización del Congreso el agradecimiento de la familia de Eduardo, su mujer Encarna, y las hijas de ambos, Irene y Elena, por dedicarle este homenaje. Yo me uno a este agradecimiento familiar y añado el mío propio, institucional, en la persona de Ángela Sierra por haberme invitado a tomar parte en él.

Agradezco especialmente esta oportunidad porque la Universidad de Murcia organizó otro homenaje al poco de su fallecimiento, al que no hice nada por asistir. No tenía nada que decir. Quizá estaba aun impresionado por el acontecimiento hasta el punto de no haberme distanciado reflexivamente de él.

Recuerdos viajeros

Después de la muerte de Eduardo empezaron a aparecer una y otra vez en el primer plano de mi memoria algunos recuerdos de viajes compartidos. Relaciono estos recuerdos con el hecho de que la mayor parte de nuestra vida la vivimos «a distancia» uno del otro, después de nuestra temprana separación cuando él se fue a un internado marista en Venta de Baños (Palencia). Tenía 13 años y yo 10. Desde entonces nunca volvimos a estar juntos por un período largo, ya que sus vacaciones siempre fueron cortas y escasas, y, a partir de cierto momento, inexistentes. Dos años después, cuando yo tenía 12, ingresé en un Seminario del Obispado de Astorga situado en una aldea perdida entre montañas orensanas llamada Las Ermitas. Así transcurrió parte de nuestra adolescencia.

De antes de su etapa de internado apenas me quedan imágenes concretas de él. Recuerdo que envidiaba lo decidido y resuelto que era y lo bien que le iba en la escuela a la que asistíamos; también recuerdo que le respetaba no sólo porque le admiraba sino porque no dudaba en dejarme claro quién mandaba entre él y yo, en el seno de una familia de cinco hermanos (él era el 3º y yo el cuarto); y que cuando él se fue yo heredé su puesto de monaguillo, que me reportaba cada día algunos céntimos de entonces. Al encontrarme con mis hermanos en Murcia, con ocasión de su fallecimiento, le pregunté al mayor, Ramón, cómo era Eduardo de pequeño y me respondió que «muy limpio y ordenado», pero no logro asociar esta información a ninguna imagen.

* Universidad de La Laguna.

Vuelvo, entonces, a mis recuerdos viajeros.

Murcia, 2009, aproximadamente un año antes de su muerte. Este viaje es el primero que siempre vuelve, porque fue la última vez que estuve con él cara a cara. Después sólo tuve contactos telefónicos e informáticos. Yo había ido a Murcia a un evento académico y pude pasar un buen rato en familia. A la hora de volver me llevaba en su coche después de una comida compartida con algunos colegas de su Facultad. Enfrascados en la conversación animada por un par de copas de vino, no advertimos la salida de la autopista hacia el Aeropuerto y nos pasamos. Entonces Eduardo empezó a dar vueltas por carreteras secundarias, en medio de la huerta, y cuando finalmente logramos llegar, ya no me admitieron en el vuelo a Madrid (habían vendido mi plaza) con lo cual también perdí el enlace a Tenerife. Pude volar unas horas más tarde con una sensación de complicidad simpática en aquella metedura de pata que yo viví como una pequeña aventura que eliminó cualquier sensación de malestar por el retraso.

La Rúa de Petín (Orense), Estación de Renfe, 1957/58. El venía de Tuy (Pontevedra) donde estaba entonces haciendo el noviciado, y yo de Las Ermitas, la pequeña aldea orensana donde estaba el Seminario que era entonces mi internado. Coincidimos en aquella estación en ruta hacia la casa paterna para visitar a nuestra madre, aquejada de una enfermedad grave, a la que, afortunadamente, sobrevivió muchos años. Al subir a aquel tren nocturno y atiborrado, acompañado del cura de mi pueblo que había ido a buscarme, ví al otro extremo del vagón dos frailes. El joven resultó ser Eduardo y el viejo su acompañante o guardián. Hacía como un par de años que no le veía, y me costó reconocerlo vestido con una sotana que le hacía aún más larguirucho, pues había crecido lo suyo, y con una cara que reflejaba no sólo las turbulencias de la edad, sino también los efectos de las tecnologías del yo de un noviciado de frailes de los años cincuenta. Como entonces no manejaba este léxico sofisticado y tecnocrático, me limité a pensar: «eso le pasa a él por ser fraile. A mi no me pasará porque yo voy a ser cura».

Lovaina, 1975. En medio de los dos viajes anteriores recuerdo especialmente este por varias circunstancias. Al marchar, dejaba en el vientre de su madre a mi hija, que por entonces aun no se llamaba Alicia. Hice el viaje solo, solo en coche, y en la ida recogí en *autostop* a dos hermanos italianos, chico y chica, que acabaron tratando de hacerme comprender que mi expectativas en una democracia aun por venir quizá eran demasiado elevadas. Ellos llevaban más de una década viviendo en una, y podían asegurarme que tampoco era para tanto. El objetivo del viaje tenía que ver con la Tesis Doctoral de Eduardo, que acababa de terminar cuando yo llegué. Le acompañé en las tareas de encuadernación y en algunas gestiones burocráticas en la Universidad. Pasamos unos días en los que el simple estar juntos hacía el tiempo agradable. Al final de mi estancia, él se quedó —no recuerdo por qué— y yo me volví, otra vez solo en mi coche, a matricular la Tesis en la Universidad de Barcelona, donde —eso sí lo recuerdo bien— pasé un calor insoportable. Era el mes de Agosto, y Eduardo tenía prisa por defender la Tesis al comienzo del curso que habría de comenzar enseguida.

Al cruzar la frontera de Francia a España (entonces aún no había sido suprimida por la UE), el policía que registraba el coche vio un montoncito de libros que yo había comprado en Lovaina, y mirándome muy serio me preguntó: «¿son de estudiar?» Para quienes no vivieron aquella época quizá sea conveniente recordar que entonces había libros prohibidos, no sólo por la Iglesia, para preservar la pureza de la fe, sino por el gobierno franquista, para preservar la pureza ideológica del régimen.

En cuando a la tesis, acabó publicada tres años después, en 1979, en un libro que lleva por título *De Sartre a Merleau-Ponty. Dialéctica de la libertad y del sentido* y el ejemplar que conservo lleva la siguiente dedicatoria dirigida «A Gabriel y Ana» (Ana era entonces mi mujer y sigue siendo la madre de mis hijos y creo recordar que los dos le habíamos visitado en Lovaina un año o dos antes). Pues bien, la dedicatoria dice: «Con la ilusión de ver la luz donde solo era andar a tientas y con gemidos, aunque esta luz griega, en el andar, exige gran dosis de ironía al tropezar» (6-XII-79).

Tenía relacionada esta dedicatoria con mi viaje a Lovaina y mi implicación en la tesis, sobre la que habíamos conversado en diferentes ocasiones, y no le había prestado más atención. Pero al releerla ahora, he creído entrever algo más. Eduardo tenía entonces 39 años y, si recuerdo bien, estaba reciente su incorporación a la Universidad de Murcia, después de casi diez de travesía del desierto, una vez abandonada la relativa estabilidad de su vida religiosa. Habían pasado cuatro años desde su Doctorado, nueve desde su Licenciatura en Filosofía y 7 desde otra Licenciatura en Psicología que, si no estoy equivocado, fue el tropezón de la dedicatoria.

Trayectoria intelectual

El final del relato de mis recuerdos viajeros me ha introducido ya en su carrera académica y en su trayectoria intelectual, a la que le voy a dedicar un poco de atención. Comenzando por aclarar que, dado que nuestras áreas de dedicación eran distintas y nuestros intereses académicos no eran coincidentes, no estuve muy al tanto del progreso detallado de su trabajo, pero siempre o casi siempre pude tener en mis manos los escritos que él más valoraba.

Desde esta posición me atrevo a distinguir algunas etapas desde la dificultad de definir las o delimitarlas tanto conceptual como cronológicamente.

1. La etapa de su educación *católica* y su dedicación a la enseñanza en colegios religiosos, que dura aproximadamente los primeros treinta años de su vida. No se refleja en sus escritos (al menos yo no conozco nada en ese sentido), pero yo creo que tuvo su importancia en la orientación ética que matiza sus preocupaciones intelectuales posteriores. Aunque puede ocurrir que en esta valoración esté proyectando sobre él mi propia experiencia.

2. En segundo lugar, está su etapa *existencialista*, centrada en el libro ya citado sobre Sartre y Merleau-Ponty, que —en mi opinión— configuró en gran medida el mundo intelectual en el que se desenvolvió Eduardo posteriormente. En él se recoge el debate entre los dos autores investigados sobre el marxismo y la libertad, lo cual es indicativo del amplio espectro que abren entre la libertad ilustrada y la tradición revolucionaria desde la francesa —a la que prestó más atención— a la soviética. En este sentido, creo que su Tesis/libro constituyó una verdadera plataforma intelectual hacia el futuro.

3. La tercera etapa o conjunto de intereses, gira en torno a sus diversos y múltiples *estudios sobre la ilustración*, uno de los campos de investigación preferidos. Sobre ella y la modernidad versan un conjunto de publicaciones acerca de autores como Spinoza, Rousseau, Voltaire, Descartes y Kant, entre los que destacaría la edición e introducción del *Discurso del método*, objeto de varias reediciones a partir de la primera en 1987, y el libro *La aventura de la razón. El pensamiento ilustrado* (Akal, 1997). Mi valoración de esta etapa es que Eduardo se sentía muy a gusto en el ámbito de la ilustración francesa, en la que encontraba las raíces

de Sartre y de Merleau-Ponty. También creo que experimentaba cierto confort moral con los valores de la ilustración sobre los que escribía: la libertad, la igualdad, los derechos humanos, etc., y que este confort moral le facilitó la toma de partido en el debate del último tercio del siglo pasado sobre modernidad, neomodernidad y postmodernidad. Se mantuvo fiel a la modernidad ilustrada clásica.

4. De todos modos, no dejó de aproximarse a una cierta neoilustración en su trabajo sobre pensamiento neoliberal. No me refiero, claro está, al neoliberalismo económico, que nos hace la vida más difícil a unos y casi imposible a otros, más numerosos, sino al neoliberalismo *político* del filósofo norteamericano J. Rawls (con el que Eduardo abandona por un tiempo su querencia francesa). Creo recordar que el trabajo sobre Rawls tiene lugar bajo el formato de un Proyecto o Memoria de investigación para sus oposiciones a Cátedra en 1996. Por entonces me hablaba de su deseo de publicarlo en un volumen, pero los dos éramos conscientes de la dificultad de que un nuevo libro sobre Rawls encontrara acomodo en el bosque bibliográfico que había suscitado desde que apareciera *Una teoría de la justicia* en 1971, veinticuatro años antes. Sin embargo, en la versión de su *curriculum* del año pasado que me facilitó amablemente el Decano de la Facultad de Filosofía de Murcia, Antonio Campillo, figura la publicación de varios artículos sobre Rawls en la revista *Daimon*, que dirigió durante unos veinte años, y dos capítulos a publicar en sendos libros, entonces en prensa, uno de ellos en Méjico. No sé si llego a verlos.

En todo caso, creo que este trabajo sobre el neoliberalismo político fue intelectualmente importante para Eduardo. Le permitió entrar en contacto con una visión política neoilustrada, distinta de la «razón dialéctica» de Sartre y de su inspiración revolucionaria, enraizada en las filosofías del pacto, el contrato y el consenso de la primera modernidad, y que, de un modo u otro, está en la base normativa de las democracias realmente existentes.

5. En este contexto aparece una quinta etapa, en la que la preocupación de Eduardo se centra en el racismo, lo cual constituye cierta singularidad no sólo en su propia trayectoria sino también en el contexto de la filosofía española. Esta preocupación se expresa, en primer lugar, en la dirección de una tesis de doctorado, cuyo autor es Alfonso García Martínez, titulada *La construcción cultural del racismo*, publicada como libro en 2007, al que Eduardo le puso un Prólogo. Con posterioridad, entre los dos editarían un segundo libro, titulado *La idea de raza en su historia. Textos fundamentales* (2007, Editum, Universidad de Murcia/ Universidad de Almería), también con prólogo de Eduardo.

He de reconocer que entre todo su trabajo —que es considerable— este último es al que me siento más próximo, pues el racismo y sus circunstancias también ha suscitado mi atención desde hace años. En la base de este trabajo hay que ver una *actitud antirracista* que apenas se hace explícita, pero que emerge en algunos pasajes vinculada en su caso, como no podía ser menos, a los valores de la ilustración kantiana: la *dignidad humana*, que «resulta clave para fundamentar la respuesta al chato racismo biológico o al trato discriminatorio y vejatorio de los otros»¹. Eduardo, con Alfonso García, se suma así, a las pocas excepciones de filósofos preocupados por el racismo, como Foucault o el propio Sartre, su amor de Juventud, cuando se ocupa del colonialismo y el postcolonialismo franceses, al escribir Prólogos para los libros anticolonialistas de Franz Fanon y Aimé Césaire.

1 O.c, pp. 67-68.

Pero la referencia de Eduardo, en su Prólogo, no es ni el racismo colonialista, ni el racismo nazi o antisemitismo, a los que, desde luego, tiene en cuenta, sino el *racismo migratorio, postcolonialista*, que está teniendo lugar en Europa, el territorio de las antiguas metrópolis coloniales. Pero no sólo, pues este neoracismo, que Eduardo llama por su nombre, es, en realidad, global, ya que es producto de la globalización capitalista que es la responsable de la diseminación de emigrantes. La recuperación de textos del pasado, que pueden aclarar las raíces de la ideología racista, tiene como objetivo «ir a la cosa misma» del racismo con la intención de proporcionar instrumentos para entender y afrontar la situación racista presente.

Por eso me parece un acierto metódico interrogar el pensamiento del pasado desde el presente y sus problemas, en lugar de presentar los textos en una especie de limbo temporal e histórico. Lo cual me lleva a una segunda observación metódica. Los textos que recuperan Eduardo y Alfonso García, proceden de un racismo explícito que no duda en presentarse como tal porque se autoasume como inevitable y positivo: como un efecto de la biología registrable científicamente. Pero hay un *racismo implícito*, que no da la cara, sino que se disimula como tal, lo cual no le impide hacer su trabajo de exclusión social. Unos lo asocian al neoracismo migratorio, que se refugia en actos institucionales como la ilegalización, o en discursos impersonales como la molesta presencia de los emigrantes en general: un racismo sin racistas. Pero hay quien lo asocia a la cultura y a la filosofía occidentales sin más, que se habrían desarrollado, al menos desde sus orígenes griegos, inconscientes o ignorantes de su condición racista. Como reza un capítulo de un libro dedicado al asunto: «De Sócrates a Sudáfrica». A partir de esta hipótesis, del mismo modo que se ha llevado a cabo una relectura feminista del sexismo explícito o implícito en la historia de la filosofía, cabría hacer lo propio con una relectura de su racismo implícito. Todo un programa de trabajo ya iniciado desde posiciones postcolonialistas, a las que Eduardo se aproxima en el Prólogo al libro objeto de este comentario, con el que termino el relato de mi visión de su trayectoria intelectual.

Muerte y carrera moral

Pero antes de acabar del todo deseo hablar un poco de su muerte.

En primer lugar, quiero aclarar que todos, incluido él mismo, nos enteramos de lo que estaba pasando cuanto ya era irremediable. Cuando yo llegué a Murcia con mis hijos, dos días antes de su fallecimiento, lo encontré en una cama de hospital inconsciente por la intensa sedación y con respiración asistida o, lo que es lo mismo, *artificial*, pero respiraba muy mal: espiraba bien, con suavidad, pero aspiraba de forma convulsa y ruidosa. Su cuerpo me pareció fuerte, como siempre, pero su sistema respiratorio estaba destrozado por el cáncer. Esa fue, para mí, su verdadera muerte: aquel cuerpo conservaba una única función vital: la respiración; y ni siquiera era suya, sino de la prótesis.

Los médicos supieron desde el principio que se moriría en un plazo corto, si bien imprecisable, y no acabo a comprender el sentido de alargar la vida de aquel cuerpo, que ya no era humana, con un artificio biotecnológico. Aunque se tratara de mi hermano. Es verdad que sin aquel «alargamiento», ni yo ni mis hijos ni mis hermanos, ni otras personas, hubiéramos podido verlo «vivo». Pero ¿qué fue lo que vimos en aquella «vida»? Yo, desde luego, no ví al Eduardo al que yo conocía, sólo aquel cuerpo tirado en la cama y enchufado

a diversos aparatos que acabo de describir. También es verdad que aquel alargamiento me permitió verlo espirar por última vez, de lo cual estoy entre satisfecho y extrañamente orgulloso, lo cual contradice —soy consciente de ello— mis apreciaciones anteriores.

El segundo día, a media mañana, estábamos tres personas en su habitación, charlando, y yo le estaba mirando la cara cuando dejó de respirar: después de una de aquellas aspiraciones convulsas, espiró por última vez. Lo hizo con sencillez y suavidad, sin muecas extrañas en la cara. Paradójicamente, las turbulencias estaban en lo que le hacía vivir, no estuvieron en su muerte. No percibí nada negativo en ella. Lo negativo ya había ocurrido: la devastación de sus vísceras vitales causada por el cáncer, y el dolor que ese hecho había causado ya en todos nosotros. Un dolor que yo viví como si estuviera conectado a un sistema nervioso comunitario, familiar y amigable. Creo que todos consideramos positivo, tanto para él mismo como para nosotros, que hubiera expirado pronto, dado el estado en el que llegó a encontrarse. Algunos de mis hermanos, católicos creyentes desde siempre, habían llegado a comprender la pertinencia de una eutanasia si aquella situación se hubiera prolongado (y seguramente también el propio Eduardo, que le había dedicado un pequeño artículo en 1991, «La eutanasia y el derecho a morir», *Gaceta Universitaria*, 4-12, p. 27; si bien tengo que confesar que esto es solo una suposición mía, pues no he leído el artículo).

Sin embargo, que falleciera pronto, dadas las circunstancias, no fue para mí lo único positivo que creí percibir en aquella última espiración suave y sencilla. Desde entonces no he dejado de dar vueltas al hecho de que, más allá de dolor de su pérdida, no viviera la muerte de Eduardo como negativa en sí misma. Lo primero que se me ocurrió pensar era que su vida no había sido mala. No fue corta ni desperdiciada. Murió con 70 años cumplidos, después de haber vivido experiencias diversas, creado una familia que le llenaba de afecto y le hizo feliz (aun con todos los problemas inherentes a las relaciones familiares) y dado cumplimiento a una carrera profesional de unos 30 años, a la que se entregó con dedicación y entusiasmo y que le reportó muchas satisfacciones. Pensaba que su vida había sido una vida lograda, aunque no hubiera podido seguir disfrutando de su familia y de un trabajo más relajado en la nueva situación de Profesor Emérito que la Universidad de Murcia acababa de concederle.

Estos pensamientos me llevaron a preguntarme —dando juego a las inevitables jergas y manías profesionales— qué es o qué hay que entender por una *vida lograda*: no fuera yo a equivocarme en mi apreciación. Entonces comenzaron a aparecer los fantasmas filosóficos: el de Aristóteles y su imagen de la vida lograda o buena como vida feliz, dedicada a la contemplación; el de MacIntyre, que redefine la vida buena como la que consiste en la búsqueda de la vida buena; o el de Judith Butler que, a propósito de las Guerras occidentales en Oriente Medio, ha escrito sobre las vidas «dignas de ser lloradas», las de los nuestros, vidas queridas, y de las que no lo son, las de los otros, vidas no queridas y, a lo peor, odiadas, dignas de ser destruidas. Entre las cuales, alguien como H. M. Enzensberger incluiría las de los terroristas suicidas a los que considera «perdedores radicales» (modelo que se puede hacer extensivo a las vidas de los asesinos de género igualmente suicidas).

La vida de Eduardo fue una vida relativamente feliz, pero no precisamente contemplativa, fue una vida dedicada a la búsqueda de la vida buena, y fue una vida digna de ser llorada, una vida querida y apreciada. Por todo ello fue una vida opuesta a la de los perdedores radicales. Pero tampoco estos pensamientos lograron satisfacer del todo mi deseo de comprender por qué su muerte no me había parecido negativa en el momento de producirse. Me da la

impresión de que lo que echaba de menos no era sólo opiniones de otros, externas a mis sentimientos, que los confirmaran, sino un *criterio* que diera sentido tanto a mi sentimientos como a las opiniones de los otros.

Entonces apareció en mi memoria la expresión *carrera moral* que había leído en un libro de Psicología Social hacía muchos años². También recordé la definición que daba ese libro: «*el balance de los juicios de valor, positivos y negativos, que los otros, los supervivientes, hacen sobre una vida acabada*». Creo que esto fue lo que experimenté en el momento que ví cómo el cuerpo de Eduardo dejaba de respirar: que su carrera moral había sido positiva. En aquel momento, y durante el día y medio que le había acompañado, ya había hecho, en la medida de mis posibilidades, el balance de lo positivo y lo negativo de su vida, y el resultado había sido claramente a favor de lo primero: decididamente positivo. Y, de algún modo, tenía la seguridad de que ese era, igualmente, el balance que habían hecho los otros miembros de mi familia y los amigos allí presentes. El tiempo transcurrido desde entonces y acontecimientos como este en el que estamos participando no han hecho más que confirmar aquella intuición.

2 R. Harré, *El ser social*, Alianza Universidad, Madrid, 1982 (original inglés, 1979).

